

El costo humano de los juegos olímpicos pandémicos

Via [Insurgência](#)

Los Juegos Olímpicos de 2020 se desarrollan en el escenario de pesadilla que predijeron numerosos responsables médicos. Se necesitaría una hoja de Excel para enumerar todos los casos de Covid-19 que ya asolan los Juegos, incluso dentro de la villa olímpica. El presidente del Comité Olímpico Internacional, Thomas Bach, se ha mostrado tristemente indiferente ante la posibilidad de que el virus perturbe los Juegos o infecte a la vulnerable población de Tokio. La doctora Annie Sparrow, haciéndose eco de la opinión de tantos expertos despreciados, resumió el caso en un tuit: «Sólo palabras y ninguna acción». Además, Annie Sparrow declaró sobre el COI (Comité Olímpico Internacional): «En todo el proceso se ha ignorado la ciencia».

Esta «indiferencia» pone en peligro vidas humanas no sólo dentro de la burbuja olímpica, sino también fuera de ella. Según las estadísticas del gobierno, sólo el 22% de la población japonesa está totalmente vacunada. A medida que se acerca la ceremonia de apertura de Tokio 2020, prevista para el viernes 23 de julio, los índices de Covid en la ciudad anfitriona van en aumento, constituyendo una quinta ola, agravada por la invasión de la variante Delta, altamente transmisible. Estos Juegos Olímpicos son increíblemente impopulares en el área metropolitana de Tokio, que tiene una población de 37 millones de habitantes, y por una buena razón: podrían acabar con muertes y enfermedades totalmente evitables.

Mientras tanto, para eludir las peticiones de cancelación de los Juegos, Thomas Bach utilizó a los atletas participantes como escudos humanos: «El COI nunca abandonará a los atletas,

y si hubiéramos cancelado los juegos, habríamos perdido a toda una generación de atletas. En consecuencia, la cancelación para nosotros no era realmente una opción. «Aun así, muchos atletas ya se han «perdido» para los juegos por culpa de Covid, en particular un miembro del equipo de gimnasia de Estados Unidos, la estrella del tenis Coco Gauff y varios jugadores de baloncesto estadounidenses, entre ellos las estrellas Bradley Beal y Zach Lavine. Por no hablar de la pérdida de vidas que podría producirse en Tokio después de que los 80.000 «invitados» a los Juegos Olímpicos regresen a casa y el confeti sea barrido.

Por un lado, Thomas Bach admitió que, en lo que respecta a Covid, «no tendremos un éxito del 100%. Eso sería poner el listón demasiado alto». Por otro lado, dejó atónitos a los responsables médicos y a los defensores del más elemental sentido común cuando afirmó que el riesgo de que un atleta que contrajera el virus lo transmitiera a otros en la villa olímpica o en Japón era «nulo».

Thomas Bach añadió: «También estamos convencidos de que una vez que el pueblo japonés vea a los atletas japoneses actuar en estos Juegos Olímpicos, la actitud será menos agresiva». En otras palabras, puede que algunas personas tengan que sacrificar su salud -y quizás incluso su vida-, pero los Juegos deben continuar.

El COI insiste en que su papel es «celebrar a los atletas» y dice que pone a los atletas en primer lugar. Pero la celebración de los Juegos Olímpicos durante una pandemia sanitaria mundial sitúa a los atletas en último lugar. Como un loro inscrito en un concurso de repetición del Día de la Marmota [una estupenda comedia de Harold Ramis estrenada en 1993, también titulada «El hechizo del tiempo»], el COI afirma que los Juegos Olímpicos de Tokio son «seguros». Que se lo digan a los futbolistas sudafricanos que dieron positivo por coronavirus en la villa olímpica. O que se lo digan a las 71 personas -atletas o miembros de delegaciones olímpicas [87

oficialmente el 21 de julio]- a las que se les ha diagnosticado el virus desde que aterrizaron.

El COI es el único responsable de poner en peligro la vida de los participantes olímpicos, ya que es el único que tiene la facultad de cancelar los Juegos, gracias al contrato leonino firmado con la ciudad anfitriona. Thomas Bach declaró: «Lo que hará que los Juegos sean históricos es la demostración de que pueden desarrollarse con seguridad, incluso en las circunstancias de esta pandemia».

Decir que esto suena falso para la gente común de Japón es quedarse muy corto. Satoko Itani, profesora de la Universidad de Kansai (Japón), declaró a The Nation: «Estoy muy preocupada por el desastre que estos Juegos Olímpicos han causado ya a la sociedad japonesa. Todas las pruebas circunstanciales sugieren que, al ser Japón el país anfitrión de los Juegos Olímpicos, el gobierno restó importancia a la gravedad de esta pandemia y, por lo tanto, no logró contener la propagación del virus cuando podía haberlo hecho, lo que ya ha causado muchas muertes. Ahora, la población japonesa asiste a la aparición de nuevos casos de Covid-19 todos los días relacionados con los visitantes de los Juegos Olímpicos. También comprobamos que la llamada «burbuja» olímpica no funciona. Estoy sorprendido. Tokio 2020 está poniendo en peligro vidas humanas porque propaga el virus y absorbe los recursos públicos que necesitamos desesperadamente para recuperarnos de la pandemia y de otros desastres naturales que ocurren aquí con tanta regularidad.» [Por no hablar de la política gubernamental que multiplica sus esfuerzos en esta ocasión para enmascarar los efectos aún muy presentes de la catástrofe de Fukushima, como ilustran los documentales emitidos en el canal Arte – Ed.]

Los Juegos de Tokio deberían servir de llamada de atención a los anfitriones olímpicos de todo el mundo. Los Juegos no sólo llamaron la atención sobre los problemas olímpicos endémicos (el gasto, el desplazamiento de los residentes, la militarización del espacio público y el «lavado verde»), sino

que también pusieron de manifiesto la supresión de toda ética por parte de la pequeña y mal avenida banda de barones del deporte que dirige el COI y la corrupción, tanto legal como ilegal, que este grupo permite. Con la organización de los juegos, el COI demuestra al mundo entero el carácter microscópico de su ética.

En cuanto a Thomas Bach, Satoko Itani refleja un sentimiento generalizado en Japón al decir: «La gente aquí estaba furiosa por su arrogancia y su negligencia. Lo que resulta especialmente chocante es que fuera a Hiroshima y Nagasaki sin respetar un periodo de cuarentena de dos semanas, a pesar de la oposición de los hibakusha [supervivientes de las bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos sobre Hiroshima y Nagasaki]. No quieren que su experiencia se utilice para «pacificar» los Juegos Olímpicos. Si Bach quiere realmente crear un mundo pacífico, debería empezar por escuchar a la gente. Imponer tu propia voluntad a alguien o hablar sin saber lo que realmente le pasa a la gente es lo contrario de cualquier pacificación».

Lejos de ser un acto de «pacificación», estamos ante un probable caso de contagio masivo que podría afectar a una población mayoritariamente no vacunada. No es un acto de paz. Es un acto de guerra.